

CRONICA DE VERANO 1975

VERANO de 1975: bajo un terrible calor de 50 grados florecen las rosas negras del anarquismo, los turistas toman paella con sangría y los políticos pescan palometas o atunes, según tendencias; alguna gente muere ligeramente ametrallada en la acera, y la televisión se llena de ceremonias funerarias, presididas por un ministro, que se ha visto obligado a cambiar urgentemente el traje de baño en cualquier playa recóndita por otro de gris marengo, para encabezar el duelo; los turistas siguen tomando paella con sangría; las pinadas del país arden por los cuatro costados y al atardecer un humo rojizo de fogata se remansa en lo alto del sangriento anticiclón; los señores del bunker asoman la nariz por las aspilleras de la casamata y lanzan un violento predicado de amenazas contra los tibios que quieren asociarse políticamente con acciones de una sociedad anónima, por aquello de limitar la responsabilidad, mientras la oposición urde sus contubernios con chaqueta de pijama a rayas y el botijo cerca; los turistas siguen tomando paella con sangría; la Policía desarticula cada día un comando terrorista y descubre los enseres de la dinamita bajo la cama de un tercero derecha, y luego los periódicos nos traen la biografía del capturado acompañada con una fotografía barbada; los contribuyentes se despanzurran mutuamente los fines de semana en cualquier curva de carretera, y la derecha del país tomando granizado de limón se refocila con los sucesos de Portugal y manda poner al rojo vivo los titulares de sus diarios, para que el personal crea que los comunistas disparan tiros triperos a la multitud católica que sale de misa de una; los turistas siguen tomando paella con sangría; los comentaristas políticos continúan barajando el juego de añagazas, las maniobras de pasillo y las zancadillas al borde del área de los grupos de poder, los hay que hablan todavía del espíritu del 12 de febrero y otros, más rezagados, que incluso escriben aún sobre la apertura; los boticarios de provincias y los tenderillos de calle Mayor andan preocupados por la detención de unos militares, como en las vísperas de asonada en el siglo XIX, mientras el Jefe del Estado juega al golf en La Zapateira tranquilamente, y los turistas toman paella con sangría o hacen su viaje en burro-taxi; un sol terrible y deslumbrado, tercermundista, recalcanta este solar donde estallan las flores negras del anarquismo en las aceras desoladas y el personal da sus lengüetazos al cucurucho del helado con mucha preocupación. Y los turistas siguen tomando paella con sangría, como si nada.

VICENT

